FUSAGASUGA

AL SEÑOR DON ALBERTO URDANETA

Mi querido Alberto:

Cada loco con su tema, dice un adagio vulgar. A unos les da la manía por buscar *santuarios*, a otros por evocar espíritus o por hacer colecciones de cualquier cosa. Hay inglesa que da un puñado de libras esterlinas por un perrillo faldero, o inglés que hace viaje a Roma solamente por robarse el dedo meñique de alguna estatua, o desportillar un mosaico, para lo cual anda con el martillo en la faltriquera, como el misionero con su breviario, espiando el momento de poder burlar la vigilancia de la policía. A ti y a mí nos ha dado por cosas menos tontas que los santuarios y los espíritus, pero no más productivas: la manía de las antigüedades nacionales y el amor de las artes, unas y otras injustamente perseguidas porque no pudieron emigrar en 1819.

No digas que no conoces a Fusagasugá; yo sé que no has estado allá, pero te guardo el secreto para con el público, porque ¿qué diría este respetable anciano, «hermosura siempre antigua y siempre nueva», y siempre caprichosa y voltaria y casi siempre intratable? El público es una coqueta que agasaja a unos y desdeña a otros sin más fundamento que su veleidad. Aquí surge una reflexión de moral social que viene como pedrada en ojo tuerto: en la humanidad las individualidades suelen ser muy buenas, muchas hay óptimas; pero los públicos son detestables, y en esa proporción, el género humano entero, tomado en masa, es la fiera más fiera, temible y espantable que ha criado Dios.

Pero vamos a mi cuento.

Tú, pintor de altas dotes y de mera afición, amante de lo bello, poeta sin versos, músico sin cuerdas, arquitecto sin plomada ni escuadra, ¿no has estado en aquel

valle pintoresco media docena de veces por lo menos? ¡Imposible! Si lo conocieras no tendría necesidad de ponderarte su belleza, y sus bellezas, como que allí suelen reunirse gran número de ellas cuando llega la época del verano, en que todos piensan descansar, y antes, por el contrario, van a cansarse y estropearse; y muchos se cansan de descansar, como quien se fastidia de la cama.

¡Qué clima!, qué aire tan dulce, qué cielo tan bello, qué bienestar, qué frutas, qué *alfandoques*, qué *suspiros*, y es lo mejor! ¡Qué hospitalidad, qué amabilidad, qué aseo! Pero, no obstante tan buenas condiciones, Fusagasugá no está civilizada; todavía no se pierden allí las cosas, no hay quien robe. Puede uno dejar su caballo ensillado y su equipaje una noche entera en mitad de la calle, y allí lo encontrará al día siguiente. ¡Y está a nueve leguas no más de Bogotá!

Fusagasugá debe de ser el cielo, según es angosto y fragoso el camino para llegar allá, aunque la puerta no sea estrecha, pues se entra por una ancha y perfumada alameda que desciende por la falda de la montaña, y allí hacen los honores al viajero, a manera de lacayos que reciben a los convidados, esbeltas palmeras, olorosos naranjos, limoneros y no recuerdo qué otros árboles.

¡Y qué montaña, amigo mío! imponente y risueña al mismo tiempo; aquel es el país de los contrastes. Es un Londres de árboles elevadísimos, vestidos de formas y colores diversos; allí han nacido juntos todos ellos, y viven en paz y armonía. Los que están desnudos suelen pedir prestadas a sus vecinos las flores con que se cubren, y éstas pasan de unos a otros troncos formando columpios, como para entretenimiento de las agrestes ninfas de aquellos bosques. O bien, en sentido inverso, forman pórticos y arcos triunfales. Algunos de esos elevadísimos y rectos troncos, de cuyas ramas culminantes cuelgan una docena de nidos flotantes de oropéndola, o sean pájaros *mochileros*, recuerdan las varas de premio que se usan en las fiestas públicas, y dejan caer hasta el suelo festones que semejan la cabellera de una hermosa, adornada de alegres florecillas. La conocida nomenclatura de lianas, convólvulos, campánulas, nenúfares y toda la larga y distinguida familia de las parásitas, sería aquí inter-

minable. No hay viajero, por indiferente que sea al espectáculo de la naturaleza, que no se sienta movido a contemplar aquella exuberante y rica vegetación.

Y tánto llama la atención, que duele la nuca y se tuerce el pescuezo, mirando para arriba y hacia uno y otro lado, y los ojos se fatigan. Gracias a que la luz bajo aquellos pabellones de verdura se atenúa hasta semejarse al crepúsculo, que de otro modo, más de cuatro lágrimas le costaría al viajero su curiosidad. En ocasiones saca a éste de su abstracción un sacudimiento violento que le hace perder el equilibrio: es que la bestia en que cabalga ha saltado un escalón de piedra con las manos, y dejando las patas traseras arriba, no tiene fuerza o valor para completar la evolución. El jinete se endereza y busca instintivamente el centro de gravedad para no caer, y él y su bestia se quedan pensando qué harán. Al fin, un fuerte espolazo de aquél —o un par de latigazos, si es del sexo contrario— resuelven el punto, y la mula baja las patas dando un fuerte resoplido. Más adelante vuelve a detenerse; el viajero baja los ojos y ve delante de sí un enorme tronco de árbol que está atravesado en el camino. La bestia no está en situación de lucir su agilidad para saltar, y se detiene hasta nueva orden. Es preciso desviar por entre la maleza para volver a tomar el camino. Tercera distracción y tercer sacudimiento; se siente un tirón en las riendas, y casi se zafan de las manos: es la bestia, que pretende meter el hocico en las cristalinas aguas de un arroyuelo que baja afanoso de la montaña, como buscando algo que se le hubiera perdido, y atraviesa el camino murmurando.

Después de cien éxtasis y detenciones de la laya se comienza a oír el sordo y lejano rumor de un gran torrente, rumor que va aumentando por momentos, hasta que el viajero y él se encuentran antes de llegar al punto llamado La Aguadita. El río, que viene corriendo por un fuerte declive, dispara sus aguas airado aquí y allí, y las divide en raudales varios que se estrellan por acá y por allá contra enormes piedras, verdes por el liquen que las cubre, y hacen contraste con la blancura de las espumas que hierven. Entonces viene a la memoria algo de aquellas fuentes de que habla el Korán, que corren entre rocas de plata y esmeraldas.

En la confluencia del camino con el río hay actualmente un puente cubierto, en cuyo piso de tablas resuenan las pisadas de las bestias, medio asustadas, y este ruido viene a aumentar el del río, que ensordece. En otro tiempo no había allí sino un angosto puentecillo de varas, cubierto con tierra y ramas de árboles, de unos doce metros de largo, donde apenas cabía escasamente una bestia. Permíteme que te refiera una anécdota relacionada con esto.

Hace algunos años venía yo de Fusagasugá con dos amigos, uno de los cuales vive todavía. Al llegar al puentecillo entramos resueltamente en él, sin miedo y desfilando. Uno de mis compañeros y yo llegamos felizmente al extremo de él; el tercero, que montaba un caballo grande y algo nervioso, entró en seguida; pero a mitad del camino se levantó bruscamente de debajo del puente una bandada de mariposas de las que abundan por allí, y el caballo, asustado, hizo un movimiento. Bien conocía el animal instintivamente el peligro, pero en el primer momento no pudo evitar que una de las patas traseras se saliese del puente, quedando apoyado en sólo tres. Cómo se salvó mi amigo del peligro, no te sabré decir, pero fue un verdadero milagro. El solo recuerdo de aquéllo me horripila.

Llega, en fin, el caminante a tierra abierta, descubre amplio horizonte; el panorama que tiene enfrente es una llanura sembrada de bosquecillos y piedras blanquizcas; cantan los toches, zumban las chicharras, se mecen los platanales, se respira un aire tibio y embalsamado, los caballos apresuran espontáneamente el paso, sacando fuerzas de flaqueza.... allí está la tierra prometida, después de un viaje de cinco horas por el desierto.

Y lo más poético de ese encantador paisaje, cuando uno se interna en él, es que le rodean varias corrientes como un marco de plata, formado de un lado por el imponente río del Chocho, de otro por el Cuja, voluptuoso y feliz, en cuyas ondas se sumergen todas las hermosas que por diciembre van a buscar sus frescas aguas y a tomar el *lunch* debajo de los árboles de sus riberas. Por otro lado corre la *quebrada* del Mosqueral, risueña y apacible, y otras corrientes menores.

El Chocho es un río fanfarrón y amigo de ruidos: más lindo mientras más bravatas echa y más espumas

escupe; pero desgraciado del que caiga en sus garras! Yo solía, *in illo tempore*, reírme de esas fanfarronadas, sentado en sus escabrosas orillas, debajo de un copo-so caucho, comiéndome sus mangos y naranjas —por cierto exquisitos— y tirándole a la cara las cortezas. A veces me complacía, con alguna de mis compañeras de paseo, en provocar su furia arrojándole piedras, o lavándonos las manos en su corriente, como para que viese que no le teníamos miedo. «No me cogerás tú» —le decía yo— «mientras esté aquí, que ya procuraré bañarme en un remanso donde no me alcance tu brazo, como quien dice, veré los toros desde la barrera». Y así lo hacía, en efecto, pues nunca me he preciado de nadador, y sigo la máxima de aquel antiguo proloquio que dice: «Del agua mansa me libre Dios, que de la brava me guardaré yo».

La parroquia domina, desde el arranque de la montaña, las muchas y elegantes quintas que se hallan diseminadas en la extensa e inclinada llanura. Allí se ven, como nidos de *caica* entre la maleza, Pekín, Balmoral, La Merced, La Rosita, El Cucharal, La Amira, El Mosqueral, Piedra-Grande, El Espinal, y otras más o menos risueñas. Pero entre todas ellas descuella el poético y antiguo Casino, hoy propiedad de don Demetrio Paredes, digna mansión de recreo de sus dueños y octava maravilla de Fusagasugá. Tú me preguntarás cuáles son las otras siete. Voy a decírtelas.

La primera maravilla es llegar uno allá sano y salvo, por aquellos despeñaderos, empalizadas y callejones. La segunda, encontrarse en un paraisito que llaman tierra caliente, por mal nombre, donde no se hallan mosquitos, zancudos, avispas, escorpiones, pitos, chiribicos, víboras ponzoñosas, ni otros enemiguitos que persiguen y hostilizan a los forasteros en los países cálidos. Tú sabes que no hay enemigo pequeño, y que muchas veces los pequeños son más temibles que los grandes. La tercera son los restos de esa inmensa denudación o cataclismo que debió de experimentar aquella tierra en tiempos ignorados. La cuarta, el nunca bien como se debe ponderado río Cuja, que da la salud al cuerpo y quita la mugre. La quinta, el encantado y salubérrimo Chocho, el Jordán de aquellas comarcas, bello con toda la temible belleza que puede tener un río de cuarto orden entre los afluentes de los

afluentes. La sexta, el famoso y extraordinario puente natural de Pandi, tántas veces descrito y dibujado, y tántas veces admirado, y no por los que viajan para ganar pesetas escribiendo mentiras y disparates, como aquel famoso Gavriac, de imperecedera memoria (1). La séptima, los jeroglíficos que los muiscas o panches dejaron grabados con bija u otra sustancia indeleble en una gran piedra, no lejos del mismo puente, y que hasta ahora no han podido descifrarse sino arbitrariamente por conjeturas tal vez no fundadas.

El grabado con que has querido ilustrar esta carta (2) da una idea, aunque imperfecta, de la octava maravilla, antes llamada El Casino, y bautizada hoy por el rito alemán con el aristocrático nombre de *Coburgo*. No conozco esa perla de la tierra de los *suspiros* porque su reforma y embellecimiento son muy recientes; pero las fotografías del mismo señor Paredes, que han servido para el grabado, nos muestran jardines, huertas, escalinatas, jarrones, verjas, estanques, baños y fuentes, todo de exquisito gusto, y revelan que en su interior se encuentra ese *confort* en que nada falta y nada sobra para la vida descansada del campo; y es complemento de todo eso la galante y franca amabilidad de la feliz pareja que lo habita.

Toda la comarca, como deciamos hace un momento demora sobre las ruinas de una montaña que, en época de que no hay memoria, se aplanó repentinamente, como un sombrero de resortes. Como digo, no se sabe si esto fue en tiempo de Marí Castaña, o en el tiempo *del ruido*; pero que hubo entonces mucho ruido es casi seguro. Yo no sé cómo fue la cosa; pero ello es que, al decir de los geólogos, todos esos cantos erráticos—

---

(1) O como los que ha escrito recientemente cierta Rosa Carnegie Williams, una pobrecita inglesa que dizque estuvo por acá hace dos años —a quien parece que muy pocas personas decentes conocieron en Bogotá— en un libro titulado *Un año en los Andes, o aventuras de una señora*. De estas aventuras se buscan y se escriben muchas; pero ya sabemos lo que valen esos libros aventureros, en que regularmente hay más necedades que páginas.

(2) Véanse los números 1.º, 17 y 23 del *Papel Periódico Ilustrado*.

o para hablar en castellano— esa multitud de piedras como calcinadas y perforadas,

> Que, cual ojo de un cráneo carcomido
> Infunde al que lo mira horror y espanto,

según la feliz expresión de nuestro amigo don Ruperto Gómez, todas esas rocas esparcidas y que de lejos parecen manadas de ovejas, son restos de una gran revolución que conmovió y removió desde sus cimientos aquellas montañas.

Para los geólogos, pues, tiene Fusagasugá ese aliciente más, como que hallan allí amplia materia para sus estudios e investigaciones científicas, que es otra de las manías en que dan algunos.

Quien puede darte razón de todo esto es don Ramón Guerra Azuola, que publicó en el *Repertorio Colombiano* un interesantísimo estudio, con su mapa adjunto, resultado de pacientes investigaciones prácticas, y larga residencia por aquellas tierras. El demuestra que hubo, por allá en edades remotas, tres grandes lagos en otras tantas mesetas escalonadas en la gran cordillera, que fueron desaguando sucesivamente, hasta llegar al río Magdalena.... Pero ya lo habrás leído tú, o lo leerás, si mi recomendación te pica la curiosidad.

Lo que creí yo encontrar una vez en el descenso de la hacienda del Novillero al río del Chocho, fue algo como restos de lava volcánica de un color entre gris y achocolatado. Pero como todos nos equivocamos, y sobre todo los legos solemos padecer de este achaque más que los padres graves, me guardo para mí la gloria del hallazgo y pongo aquí punto final a la geología.

Vamos a mi asunto. Ningún maniático conversa tres minutos sin tocar el tema de su manía: antigüedades y artes son la tuya, ilustrada, y la mía empírica. Somos los caballeros andantes de esas pobres víctimas, no diré de la ignorancia (que bien pudiera decirlo), sino del mal gusto. Sus perseguidores me recuerdan lo que me dijo un pobre artesano que debía construírme un arco inverso de piedra en un acueducto; preguntándole si sería capaz de hacerlo, me contestó con mucha seguridad: «Ah! sí, señor, yo entiendo mucho de arqueología!» Nuestra andante caballería nos lleva por

esos andurriales para desfacer agravios y enderezar entuertos, a riesgo de que algunos desalmados yangüeses nos apaleen y nos dejen maltrechos por amigos de decir verdades.

La última vez que estuve en Fusagasugá hice lo que tengo por invariable costumbre cuando llego a un pueblo a donde voy a residir: visitar la iglesia y luégo al señor cura. El primer domingo que vine de mi residencia a la población a oír misa y a hacer mi mercado de frutas y *suspiros*, noté que la iglesia había mejorado mucho: estaba muy aseada y toco decente y arreglado. A su cura, que entonces lo era el presbítero N. Castañeda, sacerdote joven y entendido, debía el templo no pocas mejoras, aunque había tenido el mal gusto de hacer retocar algunas pinturas antiguas, convirtiéndolas en mamarrachos. Tal vez no habrían perdido mucho los originales, y esto me tranquilizó algún tanto. Sin embargo, creí descubrir en una de ellas algo del estilo de nuestro Pablo Caballero, estilo en la composición y estilo en el colorido, semejante a otra que había visto en la iglesia de San Juan de Dios, aunque más pequeña. Por fortuna la figura principal no había sufrido tántas injurias y maltratamientos de obra.

Siempre me había llamado la atención la elegante fachada de la iglesia, hecha de piedra, no ciertamente sillar, pero sí bien labrada y unida, a manera de la de Santa Clara, de Bogotá, o del edificio llamado de las Aulas, lo cual le daba un aspecto de solidez y antigüedad, agradable a la vista. No pude ver al señor cura en aquella ocasión, pero habiendo oído decir que él pensaba hacer blanquear la fachada, previo el enjalbegamiento de ordenanza, a mi llegada a esta capital le escribí una atenta carta manifestándole que, aunque no tenía la honra de conocerlo personalmente, ni daba crédito a aquel rumor, le suplicaba, en nombre del arte y del buen gusto, de que él había dado pruebas, que no permitiese se hiciese tan desatinada *reforma*. A vuelta de correo me contestó muy galantemente diciendo que agradecía la oficiosidad por la cual le pedía yo perdón, y me decía que ni había pensado tal cosa, ni se haría así mientras él fuese allí cura.

Respiré al leer su fina carta; pero ¡cuán poco ha durado esta tranquilidad! Hace algunos días que han comenzado a regresar las familias que se hallaban en

aquel pueblo; y el primer amigo a quien he pedido noticias de mi querida fachada, de quien estoy ausente hace bastante tiempo, me ha dicho:

—Nada puedo informar a usted; vi la fachada, pero no sé si es de adobe, ladrillo o piedra, pues está blanqueada como cualquiera casa.

—Y quién....

—No sé quién habrá sido el autor de esta desgracia; supongo que no será el actual cura, porque según lo que pude observar, es sujeto culto, ilustrado y de buen gusto; tiene su iglesia muy aseada y decente, y su conversación revela buenas ideas.

El mal no tiene remedio; pero no seré yo quien le haga buena cara. Pobre fachada! el vestido de novia con que quisieron engalanarla le ha servido de mortaja. Pongámosle el epitafio, y hablemos de cosas menos tristes.

Siempre ha sido mi sueño —no solamente dorado, sino triple dorado— el de un pedacito de ferrocarril de Bogotá a Fusagasugá, de manera que pudiera uno ir diariamente a tomar un baño en el Cuja. Pero qué digo! Un ferrocarril a Fusagasugá sería un solemne disparate: aquel poético y oscuro rincón perdería todos sus encantos el día en que una locomotora llegase allá silbando, y que sus bosquecillos y sus ríos y sus quintas estuviesen al alcance de todos, a todas horas. Estos representantes del progreso y de la prosperidad material son enemigos irreconciliables de la poesía y del sentimiento. No, Alberto, prefiero romperme la crisma por esos despeñaderos y hundirme hasta las narices en esos barrizales para llegar a aquel ameno valle de delicias, que no de lágrimas, antes que ir allá prosaicamente metido en un vagón como un bulto de mercancías. La flor que todos pueden tocar y oler, pronto se marchita, mientras la que permanece retirada y defendida por el espeso follaje, dura fresca y lozana mucho tiempo; y la mujer que prodiga su amabilidad y sus miradas y sus dulces palabras a todos los hombres, pronto pierde sus atractivos. Por fortuna no hemos de ver ese ferrocarril en muchas docenas de años.